

cia alto en la hermosa estacion del Norte de Paris; pronto bajamos, y nuestro corazon se estremeció de placer; nos hallábamnos de nuevo en la capital del mundo; se puede decir, Paris, en aquella hora estaba desierto; todo su comercio cerrado; los teatros habian concluido, y reinaba por sus calles el mas profundo silencio; jamas la habíamos visto de aquella manera y nos impresionó vivamente cuando al atravesar en los carruajes sus calles sentiamos el eco que repetía el ruido que ellos hacían; parecíanos caminar en una poblacion abandonada como Pompeya. ¡Ah! es que Paris foco siempre de vida, era en aquel instante la imágen de la muerte; todos se entregaban al reposo; la ciudad entera estaba sumergida en el sueño, y el aspecto que presentaba era magistoso é imponente; como á las cuatro de la mañana nos detuvimos en la puerta de un hermoso hotel situado en uno de los nuevos boulevards, llamado de Malherbes; pronto nos introdujeron á nuestros apartamentos; tomamos una lijera cena, y nos entregamos en seguida al reposo y al sueño; al siguiente dia cuando nuestros ojos se abriesen, nos encontraríamos en el centro de la vida porque Paris en esa época estaba en el apogeo de su grandeza.

CAPITULO CXXXVII.

Continúa el manuscrito de Genaro.

Antes sin embargo de introducirnos en Paris y penetrar en el laberinto de la Exposición, justo es que dediquemos algunos instantes á Genaro, á quien parece hemos olvidado.

Su interesante historia continuaba así:

La salud de mi madre repentinamente comenzó á alterarse de nuevo cosa que me affigió mucho: en los dias anteriores habia estado tan bien, que llegué á tener la creencia de que no habia yo venido como Justo me decia, á presenciar su muerte, sino por el contrario, á dejarla llena de vida.

Durante mi permanencia á su lado que pasaba ya de una semana me sentia tan feliz, que aunque temia que despues tendria que sufrir por parte de Leonor, parecíanme poco estos sufrimientos al compararlos con la felicidad de que gozaba; ¡habia anhelado tanto el ver á mi madre, que al realizarse esta ilusion acariciada, solo tenia corazon para amarla, y vida para consagrarme á ella! sinembargo, cuando el recuerdo de Leonor me preocupaba, me decia yo á mí mismo interiormente.

Esperaré. No, nada debo temer; mi buena madre escribirá á mi padre, diciéndole lo ocurrido; ella me ama demasiado para consentir en que pierda yo á Leonor, y una madre tierna y cariñosa sabrá asegurar la felicidad de su hijo.

Pero, los dias trascurrían, y yo notaba con suprema angustia que su salud iba declinando por momentos; no se halla ya como poco antes tan dispuesta á pasear, y en sus pasos notábase una debilidad que me hacia estremecer; derepente la encontraba yo, la sorprendia recostada en su lecho, y al fijarme en su semblante lo veia pálido, demacrado, y en extremo consumido; esto me atormentaba de un modo horrible porque no podia consentir en que muriera cuando apenas habia tenido el gusto de estar con

ella tan pocos dias, cuando apenas comenzaba á gozar de este tesoro!.....

Quería probarle de mil maneras este cariño; habria deseado en mis dulces ilusiones despues de mi enlace, llevarla en mi compañía para que pasara entre Leonor y yo los últimos años de su existencia.

No permaneceria nos en el mismo sitio en que Milord se encontrase, y estaba seguro que mi padre secundaria mis deseos y se sacrificaria gustoso por la mujer á quien tanto habia amado!

¡Cuán contenta y cuán feliz habria pasado de esta manera los últimos años de su vida, y cuánto gozaba yo con estas risueñas ilusiones!

Pero ¡ay! ellas no se debian desgraciadamente realizar, porque estaba escrito que aun me restaba que beber el trago mas amargo que hasta entonces habia apurado en el curso de la existencia.

La enfermedad de mi amada madre diariamente aumentaba, y era tal su estado de debilidad, que ya no podia moverse, ó mas bien diré tenerse en pié, y mas de tres ó cuatro veces tuve que sostenerla en mis brazos para no dejarla caer, cuando pasaba de un lado á otro; lleno de angustia al verla en tal situacion aunque yo no queria afligirla con mis temores, me ví al fin obligado

á hablar, porque comprendí que era un deber en mí hacerlo, puesto que ella misma por ahorrarme sufrimientos se estaba haciendo á cada dia mas violencia para ocultarme sus males.

Una de las veces en que al sostenerla en mis brazos sentí los violentos y fuertes latidos de su corazon le dije:

Madre mia, yo querria que de nuevo tuvieras unos dias de reposo en tu lecho pues sin duda no estuviste los necesarios, y por eso aun te encuentras débil; ya ves cuán presto te levantaste entonces, muy probable es que ahora suceda lo mismo; mi madre me vió con una mirada tan llena de gratitud que traspasó mi alma; pero hijo mio me dijo: me parece que te angustias mucho al verme en el lecho, y yo quiero evitarte estas affixiones.

Si mi fin ha llegado, querria morir así..... andando..... para evitarte cuanto pueda el que sufras, y retardarte esta pena; ¡las has tenido tan grandes en tu vida hijo querido!

¿Qué dices madre mia? me apresuré á responderle.

¿Por qué pensar en la muerte cuando tu enfermedad no puede ser sino pasajera? ¿no recuerdas que te encontré en el lecho cuando vine?

Sí hijo querido, y estuve tan mal entonces,

que pensaba que no me alcanzarias; hoy quien sabe que será de mí!.....

No madre mia, el Señor ha de permitir que vivas para mi consuelo porque sin tí, seria para mí la vida espantosa.

¡Oh Genaro, no digas eso, ni tampoco hijo mio tengas mucha esperanza sobre mi salud, porque estas muy expuesto á engañarte; es preciso que anticipadamente te vayas preparando al golpe que se te espera; aun mas si como yo comprendo este golpe está cercano, es preciso que partas hijo mio; no quiero que presencias la muerte de tu madre!.....

¿Qué es lo que dices madre mia? no, yo no te obedeceria si exijiérais de mí que te abandonara estando enferma.

¿Lo harias tú conmigo?

Mi madre sonrió, y luego añadió con encantador acento:

No ciertamente Genaro; pero tú debes dejarme porque tienes menos fuerza que yo para sufrir los males de la vida; ¡yo estoy mas abesada al sufrimiento que tú, pobre niño!

Madre mia, te suplico que no hablemos ya en un sentido que me mata.

No, tú vivirás para mi ventura; para que el pobre Genaro llegue á tener dias de positivo con-

suelo sobre la tierra; pero es preciso que te recojas cuanto antes porque el estar en pié pudiera serte dañoso y yo quiero que sanes pronto, muy pronto, ademas madre mia si me lo permites, voy á buscar al médico para que venga á curarte y tu restablecimiento sea rápido y feliz.

¿No seria mejor que esperásemos algo mas antes de llamar al médico?

¿Y con qué objeto esperar?

Lo que á los principios presenta una fácil curacion, se vuelve complicada y difícil cuando se encuentra ya avanzado el mal.

Pero el mio Genaro es un mal que principia sino el que debe conducirme al sepulcro; ya ves que bien podiamos esperar que tomase un carácter mas sério.

Pues ¿cuál es vuestro mal, madre querida? pregunté con precipitacion á mi madre?

Padezco del corazon; me dijo con una calma que me heló de espanto.

Tengo hipertrofia, y han pronosticado los médicos que poco tiempo me resta ya de vida.

El anuncio de aquella enfermedad hirió mi corazon como un dardo de fuego; sabia yo perfectamente su gravedad; mas aun cuando se hallaba tan avanzada como la tenia mi madre pues con mis preguntas saqué en consecuencia, que la

habia padecido desde el momento en que le fué preciso abandonarme, y sin duda comenzaria á formarse desde que la familia de Milord se opuso á su enlace.

Sentí el corazon contristado con tal noticia, y comprendí que no exageraba mi pobre madre al esperar de un momento á otro el instante de su muerte.

Como yo habia estudiado algo de medicina pude medir en toda su extension el mal, y la obligué á que se acostase, enviando inmediatamente por el facultativo, pues yo mismo jamas me habria atrevido á curarla.

Cuando el médico húbola examinado minuciosamente, recetó y antes de que partiera me encaminé á esperarlo fuera de la pieza.

Como él sin duda no sabia quien era yo, no tuvo ningun embarazo en pintarme francamente toda la gravedad del mal.

Su muerte puede ser súbita me dijo y como creo que es católica me parece muy prudente que se disponga á morir.

¿Pero que puede su muerte acontecer pronto? le pregunté con espanto.

Creo me dijo, que no vivirá una semana mas.

Las palabras del facultativo produjeron en mí la mas violenta congoja; ¡morir mi madre en el

momento mismo en que se puede decir la conciencia!..... era este un pensamiento que no podia soportar; el llanto á mi pesar venia á empañar mis ojos, y mucho temia que mi madre fuese á conocer que habia llorado, ó á descubrir el horrible estado de agitacion en que se hallaba mi espíritu.

Forzoso era mudar de aspecto y mostrarme indiferente como lo estaba hacia pocos instantes; haciendo pues un grande esfuerzo, penetré de nuevo en el cuarto de mi madre; al verme sonrió y con un acento dulcísimo me dijo:

¿Fuiste á hablar con el facultativo no es cierto, Genaro?

Quisiste cerciorarte por tí mismo de lo que yo te habia referido y como el médico no sabia que eras mi hijo, te habrá dicho cosas que demasiado deben acongojarte ¡pobre hijo mio!

Madre mia te engañas; cierto es que he hablado con el Doctor; pero nada me ha dicho que pudiera alarmarme; cree verdaderamente que este será uno de los frecuentes ataques que has tenido en el curso de tu existencia.

Mucho me alegro Genaro que no te haya hablado de una manera que pudiera alarmarte; ¡ojalá y sus palabras se cumplan!..... esta exclamacion en los labios de mi madre me impresionó;

porque en ella se encerraba para mí el terrible pronóstico de la semana que el médico acababa de hacerme; traté por consiguiente de que se desdijera, y exclamé:

No digais eso madre mia, mas bien desead que no sea este ni siquiera uno de esos ataques sino una indisposicion pasajera.

Sí hijo mio, quiero que se cumplan tus deseos.

El dia lo pasó mi madre con bastante reposo, platicándome á menudo de Leonor y de mi padre; en sus conversaciones me daba siempre consejos saludables, y los multiplicaba al hablar del matrimonio.

Sus máximas se grababan en mi alma de un modo vivísimo y tenia el mas firme propósito de cumplir todas sus expresiones; ¡es tan dulce seguir los consejos de una madre!.....

En la noche tuvo un momento de ánsia espantosa; no podia respirar; las palpitations de su corazón eran muy fuertes, y hasta temió que hubiese llegado ya el instante de su muerte; le hicimos algunas medicinas que la calmaran, y quedó en extremo fatigada sobre su lecho.

Poco despues vino un sueño reparador á poner trégua á sus padecimientos.

Ettonces yo me dirigí á la pieza inmediata don-

de se encontraban Don Justo y Eugenia, esta última estaba llorando copiosamente; al verme entrar, quiso disimular su emoción pero yo me apresuré á decirle: no tema vd. Eugenia, sus lágrimas solo pueden exitar mi reconocimiento; ¡ay! demasiado comprendo que el mal de mi madre es grave, y esto me tiene destrozado el corazón. . . .

¿Se ha visto así otras veces? hábleme vd. con franqueza; no me oculte cosa alguna.

No señor, me respondió Eugenia; nunca le habia dado un ataque de fatiga tan fuerte, jamás la he visto tan mal.

Hay no se puede dudar, síntomas alarmantes repliqué con tristeza, y el facultativo me ha dicho que su mal es mortal y que debe disponerse para recibir la muerte porque puede esta sorprenderla en el momento en que menos se la espere, y es preciso que se encuentre prevenida.

Doy á vdes. este encargo porque me seria imposible cumplirlo; y porque todo lo que á este respeto escuchase ella de mis labios, le sería mas sensible y doloroso.

Así lo harémos, me respondieron ambos pudiendo apenas contener el llanto; pero tú continuó Don Justo debes partir Genaro; ¿qué haces ya aquí? ¿presenciar los últimos momentos de tu madre? no tendrás fuerza para ello; déjanos á nosotros cumplir con ese deber sagrado que la mas viva gratitud nos

impona, y tú hijo mio cumple su indicacion y parte.

¿Qué es lo que me dices Justo? exclamé en tono disgustado; ¿habrias tu abandonado á tu madre en momentos tan solemnes? imposible; no lo hubieras hecho! pues bien, ¿cómo quieres que cometiese yo la mas vil de las ingratitudes? ¡jamás lo haré! permaneceré al lado de mi madre hasta su postrer suspiro, aunque la fuerza del dolor debiera costarme la existencia!

Nadie se atrevió á replicar mis palabras y nos quedamos sumergidos todos en el mas profundo silencio que solo era interrumpido por los sollozos de Eugenia.

Pocos momentos despues me levanté y me dirigí á la estancia de mi madre.

Esta dormía tranquilamente, y su sueño se prolongó hasta la madrugada.

A las seis sentia mucha debilidad, y se le dió un poco de leche; en seguida volvió á adormecerse, pero á eso de las ocho le repitió con la misma fuerza el ataque que le habia dado la noche anterior; entonces mi affixion creció de punto, y mi pobre madre en medio de su estado lastimero repetía: ¡parte hijo mio, no presencies mi agonía! ¡Justo, apártalo de aquí; este pobre niño se impresiona demasiado!

En vano intentaba Justo que yo me retirase.

No, madre mia, le repliqué con energía, jamás lograréis que yo te abandone; permaneceré á tu la-

do siempre, y nada será capaz de separarme de aquí.....

¡Haces mal Genaro, haces mal! repetía mi pobre madre con un tono apenas perceptible.

Como una hora le duró la fatiga, y despues, como agobiada por tan brusco ataque permaneció en su lecho como abandonada á la fuerza de su cansancio.

A las diez mi madre despertó, y sus primeras palabras fueron para mí.

¿Dónde estás Genaro?

¡A tu lado, madre mia! le constesté con ternura!

¿Mucho te he hecho sufrir, hijo mio? me preguntó acariciéndome con su trémula mano.

¡Madre! es natural que tus sufrimientos despedazen mi alma.

Pobre Genaro; siempre padeciendo. ¡Ah! ¿por qué no podrás lograr el goze sin el martirio? Cuando te unas en matrimonio con Leonor, mi hija querida, yo pido al cielo desde mi lecho de agonía que seas completamente feliz sin ninguna mezcla de amargura; y te ruego, añadió con un acento dulcísimo, que si Dios te concede alguna hija le pongas mi nombre, para que en el amor que ella debe profesarte, veas un bosquejo del que tuvo siempre por tí tu pobre madre; no habló mas, y yo quedé agobiado por el dolor.

Pero tiempo es ya de cerrar la cartera de Genaro, para introducirnos con el lector en la Exposicion.